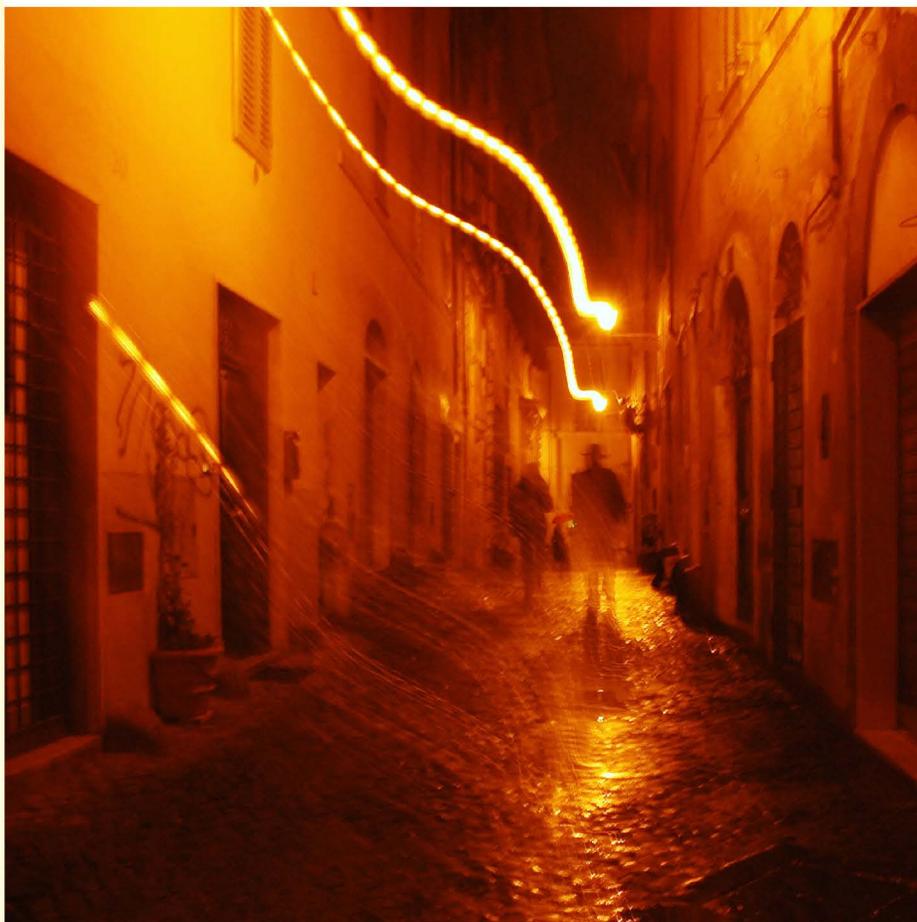


SANTIAGO H. AMIGORENA

Aquellos días que no olvidaré



Aquellos días que no olvidaré

COLECCIÓN
LITERADURA

Santiago H. Amigorena

Aquellos días que no olvidaré

Traducción de Isabel Lacruz



Primera edición: noviembre de 2015

Título original: *Des jours que je n'ai pas oubliés* (2014)

*Esta obra ha sido negociada a través de AMV Agencia Literaria
www.amvagencialiteraria.com*

© Santiago H. Amigorena, 2014, 2015

© P.O.L éditeur, 2014

© de la traducción: Isabel Lacruz, 2015

© de la presente edición: Editorial Funambulista, 2015

c/ Flamenco, 26 - 28231 Las Rozas (Madrid)

www.funambulista.net

IBIC: FA

ISBN: 978-84-944443-1-9

Dep. Legal: M-34707-2013

Maquetación de interiores y cubierta: Gian Luca Luisi

Motivo de la cubierta: *Rita e Eu a spasso per Roma*, (CC-BY-SA) Marco, 2008

<https://creativecommons.org/licenses/by-sa/2.0/>

Producción gráfica: Artes Gráficas Cofás

Impreso en España

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)»

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir parte alguna de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.— sin el permiso previo por escrito de los titulares del *copyright*.

La escritura de Santiago Amigorena conmociona y regenera.

Hélène Villovitch, *Elle*

¿La desesperación amorosa y el dolor como motor de la escritura? Amigorena recuerda todos los pequeños momentos de la vida diaria [...] y por cierto su estilo se adapta bastante bien a esta situación paradójica: la de un hombre destrozado cuya desgracia se convierte en un material de reconstrucción a través de la escritura.

Baptiste Liger, *Lire*

Amigorena es objeto de rumores persistentes: bajo la máscara de un narrador con el corazón devastado, estaría contando cómo lo dejó una actriz por un amante presidencial y con casco. [...] «Es la madre de mis hijos, pero esto es una ficción». Decir «Ficción» en el país de Borges —Amigorena es argentino de nacimiento— tiene su sentido. En esta época nuestra cebada de telebasura, todo el libro debería pues exudarla, supurarla. Pero en esta novela un hombre se marcha a Italia porque su esposa solo lo quiere a medias. Tal es el relato, tan sencillo como novelesco, de una derrota amorosa. Milagro de la literatura. [...] Un libro intenso, cruel y... bello.

Christophe Ono-Dit-Biot, *Le Point*

«Abre la ventana y piensa saltar». Con esa primera frase se abre esta novela a flor de piel [...], que saluda un relato conmovedor sobre el fin de un amor intenso y la domesticación del dolor por parte de un narrador en «estado de estupefacción».

Adèle Bréau, *Terrafemina*

Santiago Amigorena escribe divinamente, con claridad y rabia, violencia y pasión, y cuenta lo que siente un hombre cuando la mujer a la que ama lo abandona. [...] Este libro es como el corazón de un hombre que se abre como una granada.

Bertrand Dicale, *France Info*

Si ya no hay amor, por lo menos sigue habiendo rastros de él: esta es la esperanza que mueve al narrador de Santiago H. Amigorena en su novela *Aquellos días que no olvidaré*. [...] El amor, en esta novela, se refiere más a una ubicación que a un objeto: el paisaje que me permite respirar, el entorno que me da una vida digna de tal nombre, es decir, el escenario donde (me) puedo contar historias.

Jean Birnbaum, *Le Monde*

Aquellos días que no olvidaré

Abre la ventana y piensa saltar. Piensa en los cinco pisos que lo separan del suelo: una caída de unos quince metros en pocos segundos. Oye el ruido seco, sin eco, de su cuerpo sobre los adoquines del patio.

Una última mirada ante sí. Es el final del otoño: el aire es fresco, el cielo, gris.

Cierra los ojos y ve su cuerpo después de la caída y antes de que la vida lo haya abandonado. Ve el impacto, las heridas. Ve sus brazos dislocados, sus piernas dislocadas. Ve cómo estallan sus rodillas. Ve que las articulaciones ceden, que los huesos se descoyuntan, se fracturan, atraviesan la piel. Ve su rostro sin vida. Ve cómo su cerebro se desprende del cráneo y se esparce por el suelo.

Abre los ojos y piensa que, en cuanto su cuerpo haya recorrido los cinco pisos que lo separan del suelo, todo lo que en él era duro será flácido, todo cuanto era rígido será flexible, todo lo que estaba articulado quedará desarticulado.

Piensa que durante un tiempo muy breve todo estará distendido —y todo será doloroso.

Querría hacerse daño. Querría hacerse daño para que le doliera. Querría experimentar el dolor carnal. Querría que el cuerpo sea el lugar del dolor. Querría un dolor que sea un verdadero dolor, un dolor ajeno a los pensamientos: tan solo dolor.

De pie frente a la ventana, cierra de nuevo los ojos para saltar. Pero ve a sus hijos mirándolo. Con los ojos cerrados ve a sus hijos mirándolo y piensa que desde hace dos meses les está infligiendo su desdicha. Piensa en ellos una vez que él haya muerto. Piensa que no se merecen ese suplicio. Piensa que no se merecen ni ese suplicio ni el dolor que les está infligiendo desde hace dos meses. Con los ojos aún cerrados, ve la mirada triste de su hijo mayor que, desde lo alto de sus cuatro años de edad, le entiende. Y ve la mirada de enfado de su hijo menor, que desde lo alto de sus tres años, no quiere entenderle. De pie frente a la ventana, piensa en sus risas cuando olvidan sus lágrimas. Piensa en la aptitud que tienen para pasar en un segundo de la pena más grande a la mayor de las alegrías. Piensa en sus miradas, capaces de expresar tanto sufrimiento y, al momento, con una extrema rapidez, tanta felicidad. Piensa en sus miradas claras, abiertas, confiadas.

Y piensa en la mirada de ella, que era tan sincera —y que todavía es tan tierna.

Piensa en todos esos años en los que el amor, ese mismo amor que, tal vez, como ella ahora afirma, porque es más débil, porque es más triste, la ha llevado a los brazos de otro hombre —piensa en todos esos años en los que el amor los hizo tan amables—. Piensa en ella y recuerda cuán tiernos eran: tiernos el uno con el otro, tiernos con sus hijos. Piensa que no logrará jamás comprender cómo, desde esa ternura extrema, han podido llegar a la extrema violencia que preside ahora sus vidas. La ternura era inmensa; la violencia también lo es.

De pie frente a la ventana, con los ojos aún cerrados, piensa que la ternura se ha desvanecido para siempre de sus vidas. Piensa que, pase lo que pase, no podrá perdonarle lo que ella ha hecho. Piensa que el rencor que le guarda no se debe tanto al daño que le ha hecho a él, sino al daño imperdonable que ha hecho a los niños.

Abre los ojos y mira de nuevo el doloroso vacío que se abre ante él. Piensa que se equivoca: piensa que ella tan solo le ha hecho daño a él, y que es él quien, incapaz de ocultar su sufrimiento, daña a los niños. Piensa que se equivoca, piensa que no tiene razón, y piensa que tener o no tener razón carece ya de toda importancia. Piensa que todo ha terminado. Piensa que la ternura del amor que sentían no estaba hecha para un mundo como este. Piensa que la ternura de los hijos que tuvieron no está hecha para esta realidad.

Piensa, y nunca imaginó que pudiera llegar al extremo de pensar esto, que es normal, cuando uno se mata, matar también a sus hijos.

Aleja estos pensamientos sombríos con miles de pensamientos gratos: las últimas vacaciones estivales en la playa, las últimas Navidades en la montaña, la última vez que llevaron, juntos, a los niños a la escuela, la última vez que sus manos se perdieron entre sus cabellos. Piensa en su mirada, esa mirada tan particular que a veces ella tiene y que le vuelve loco, esa mirada en la que confluyen una gran dulzura, una gran ternura y una gran inocencia. Piensa en esa mirada que desapareció de sus ojos hace dos meses y que regresó, durante algunos días, la semana pasada. Piensa que en esa mirada, la más dulce, la más tierna, la más inocente, aflora a veces también la mayor de las perversiones. Piensa en su mirada de la semana pasada y recuerda su sexo loco de deseo como si tuviera de nuevo quince años. Piensa que hace unos días creyó, una vez más, que todo era posible, que todo podría recomenzar. Piensa que, una vez más, se ha equivocado.

Y piensa de nuevo en los niños: piensa en sus correrías, en sus risas. Piensa en los niños cuando juegan en el parque, piensa en ellos cuando se despiertan por la mañana y vienen a brincar en su cama. Piensa en sus hijos y sabe, de repente, que no son ni tan vulnerables ni tan frágiles para no poder sobrevivirle, sino fuertes y hermosos: innegables —como solo lo son los niños.

Piensa en el amor que siente por ellos, ese amor absoluto, intraducible —ese amor que no se puede traicionar—. Piensa en todas esas cosas que la vida le ha dado y que, así lo creyó durante los años que vivió en pareja, debían permitirle no volver nunca más a fantasear con la idea de que pudiera serle más dulce morir que vivir.

Piensa en todas esas cosas dulces, en todos esos años de dulzura, en los dulces nacimientos, en los dulces primeros meses de cada uno de sus hijos. Piensa en todas esas cosas dulces, y, sin embargo, no bastan. Basta con que mire hacia la ventana abierta para no tener más que un solo deseo: saltar al vacío. Poner fin, mediante un dolor definitivo, a los mil dolores que se arremolinan en su corazón en llamas.

Tiene ganas de morirse. Nada más. Ni ganas de verla. Ni ganas de hablar. Ni ganas de entender. Ni ganas de no entender. Ni ganas. Ganas de morir. Ganas de dejar de existir.

Una vez más, como tantas otras veces, en lugar de saltar, ha cogido la pluma, ha cogido el cuaderno. Una vez más, al igual que cuando tenía veinte años, al igual que cuando tenía treinta años, ha escrito lo que hubiese podido hacer: en lugar simplemente de morir, ha escrito su deseo de estar muerto. Una vez más, la escritura lo ha alejado de la vida —aunque esta vez haya sido del final de la vida.

Una vez más, como tantas otras veces, ha pensado en acabar con todo, ha tenido ganas de acabar con todo, y ha tenido la fuerza —o la debilidad— para escribirlo.

Una vez más, como tantas otras veces, a su pesar, la escritura le ha salvado la vida.

La escritura tiene ese extraño privilegio: nos aleja de la vida cuando está más viva que nunca exactamente igual que nos aleja de ella cuando es de lo más mórbido.

No va a dejar de escribir. La escritura es el sufrimiento que le permite no morirse de todos los demás sufrimientos.

En él la escritura no calma nada: sencillamente un sufrimiento sustituye a otro sufrimiento.

Y, de sufrimiento en sufrimiento, no para de vivir, no para de morir.

Solo ante la ventana, no ya de pie, sino sentado en la cama, con la pluma en la mano, con el cuaderno en la mano, con la mirada vacía, piensa que no dejará nunca de escribir —incluso si sigue queriendo morir.